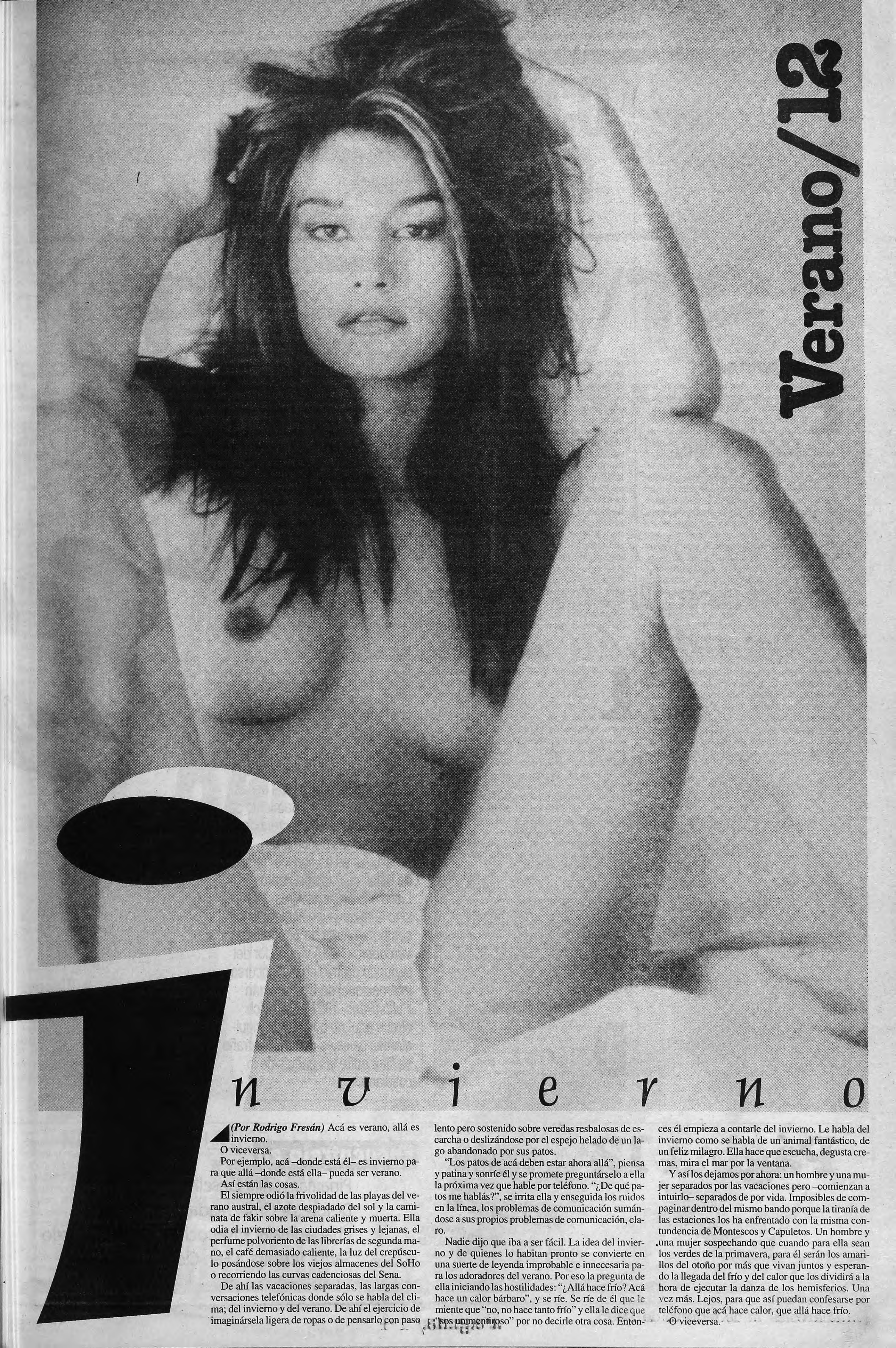


i n v i e r n o

(*Por Rodrigo Fresán*) Acá es verano, allá es invierno.

O viceversa.

Por ejemplo, acá –donde está él– es invierno para que allá –donde está ella– pueda ser verano.

Así están las cosas.

El siempre odió la frivolidad de las playas del verano austral, el azote despiadado del sol y la caminata de fakir sobre la arena caliente y muerta. Ella odia el invierno de las ciudades grises y lejanas, el perfume polvoriento de las librerías de segunda mano, el café demasiado caliente, la luz del crepúsculo posándose sobre los viejos almacenes del SoHo o recorriendo las curvas cadenciosas del Sena.

De ahí las vacaciones separadas, las largas conversaciones telefónicas donde sólo se habla del clima; del invierno y del verano. De ahí el ejercicio de imaginársela ligera de ropas o de pensarlo con paso lento pero sostenido sobre veredas resbalosas de escarcha o deslizándose por el espejo helado de un lago abandonado por sus patos.

"Los patos de acá deben estar ahora allá", piensa y patina y sonríe él y se promete preguntárselo a ella la próxima vez que hable por teléfono. "¿De qué patos me hablás?", se irrita ella y enseguida los ruidos en la línea, los problemas de comunicación sumándose a sus propios problemas de comunicación, claro.

Nadie dijo que iba a ser fácil. La idea del invierno y de quienes lo habitan pronto se convierte en una suerte de leyenda improbable e innecesaria para los adoradores del verano. Por eso la pregunta de ella iniciando las hostilidades: "¿Allá hace frío? Acá hace un calor bárbaro", y se ríe. Se ríe de él que le miente que "no, no hace tanto frío" y ella le dice que "sos un mentiroso" por no decirle otra cosa. Entonces él empieza a contarle del invierno. Le habla del invierno como se habla de un animal fantástico, de un feliz milagro. Ella hace que escucha, degusta cremas, mira el mar por la ventana.

Y así los dejamos por ahora: un hombre y una mujer separados por las vacaciones pero –comienzan a intuirlo– separados de por vida. Imposibles de compaginar dentro del mismo bando porque la tiranía de las estaciones los ha enfrentado con la misma contundencia de Montescos y Capuletos. Un hombre y una mujer sospechando que cuando para ella sean los verdes de la primavera, para él serán los amarillos del otoño por más que vivan juntos y esperando la llegada del frío y del calor que los dividirá a la hora de ejecutar la danza de los hemisferios. Una vez más. Lejos, para que así puedan confesarse por teléfono que acá hace calor, que allá hace frío.

O viceversa.

Por Pedro Lipcovich

TATUAJES

Una mujer con el hijo al hombro, la geografía de la ciudad de las hormigas, el comportamiento de los ratones, la vida secreta de los juguetes o las penumbras prostibularias no son los "temas" de estos cuentos de Pedro Lipcovich (Buenos Aires, 1950) sino la materia indeleble que los compone. Autor de *El nombre verdadero* (1990) y ganador del segundo premio en el Concurso Internacional de Cuento Juan Rulfo (París, 1991), Lipcovich ofrece aquí un puñado de inquietantes paisajes donde lo extraño se filtra entre las grietas de lo cotidiano.

Cuerpo quieto

Ella, mientras pide limosna con su hijo en brazos entre las mesas de los bares de la calle Corrientes, sabe, porque su hijo se lo ha dicho, que el suelo que pisa fue el de una ciudad chica con calles de barro hasta el río adonde iban las lavanderas. Ella no gana mucho pidiendo. La gente no se da cuenta. El hijo le ha dicho que los carros llegan hasta la orilla y los caballos se refrescan las patas en el agua, porque en la ciudad vieja hace mucho calor. Aunque ella está acostumbrada a cargar el hijo, a veces, cuando está dormido o, como ahora, tan quieto, se le hace muy pesado, sobre todo porque debe llevarlo con un solo brazo mientras extiende el otro para pedir. El río es oscuro pero la ropa queda muy limpia. Las lavanderas la echan a secar en la orilla y, pese al barro, no se ensucia, tal vez porque la ponen sobre piedras o arbustos, el hijo no aclaró esto. Es que él es muy chico todavía, apenas sabe hablar. El hijo le ofreció ser lavandera en la ciudad de antes. Ella ya pasó por todos los bares de una vereda de la avenida Corrientes, desde Callao hasta Maipú, y ahora cruza la avenida con el chico en brazos. La gente no se da cuenta. Ser lavandera es mucho más cómodo porque, mientras ella trabaja junto a sus compañeras, el chico está cerca, jugando con el barro y los charquitos tibios, porque es verano. Ella va ahora por los bares de la otra vereda; nadie presta atención al hijo que tanto pesa en su hombro. Una salpicadura de jabón -un jabón grueso, hecho con sebo de vaca en unas ollas grandes como todavía se hace, quién sabe, en un pueblo de Santiago–, una salpicadura le da en los ojos y la hace lagrimear. A las lavanderas les brillan las caras al sol. Hablan de una fiesta de negros y blancos el sábado, la invitan. Pero,¿quién cuidará al chico? El hijo ha gateado hacia las olitas de la orilla. A todos los chicos de las lavanderas los cuidará Mecha que es fea, nunca la sacan a bailar. Ella en cambio bailará con el negro Manuel. ¿Quién? Ríen las lavanderas, Manuel, el de la camiseta a rayas de colores azul, verde, rojo y de nuevo rojo. Ella dice que no. Pero sí, ella bailará nada más con Manuel. Ahora cruza la calle Paraná. Mientras ella hablaba con las otras lavanderas el hijo cayó hacia adelante sobre el agua y se ahogó. Pero como es verano y hace calor, el cuerpo del chiquito durará cálido y así el hijo que apoya la cabeza en su hombro no se va a dar cuenta. Le falta nada más que una cuadra para llegar a Callao.

Salvo

La ciudad de las hormigas se alzaba detrás del cuartito de las herramientas. Estaba oculta tras un hormiguero muy grande, más allá del pasto crecido donde había estado la huerta. Era de barro duro: había edificios con techos a dos aguas, cúpulas, torres almenadas, y el conjunto estaba rodeado por una muralla espesa. La ciudad estaba deshabitada pero si, con un palo largo, uno destruía o dañaba alguna construcción, de ciertos edificios –que, por lo tanto, se comunicaban con el hormiguero mediante túneles– salían caravanas de hormigas que empezaban a trabajar mientras otras, más grandes y distintas, se disponían en filas concéntricas como guardias. A la mañana siguiente, la torre había sido reconstruida con exactitud.

La ciudad, así, permanecía. Por lo demás, las hormigas obtenían su sustento normalmente, recolectando hojitas por caminos que desde el hormiguero penetraban en la huerta perdida. El hecho de que las hormigas preservaran esa ciudad ajena a las necesidades de su especie indicaba la presencia de un plan superior: salvo en los momentos más desesperados, las hormigas demostraban la existencia de Dios.

Tiempo de duelo

Después de la muerte del tío Martín, el local donde estaba su negocio quedó abandonado por mucho tiempo. Como no se había hecho limpieza antes de cerrar, era evidente que pronto habían aparecido ratones, atraídos por



la comida abundante. El alimento debía haberles alcanzado para unos meses, y después sin duda mantuvieron sus nidos allí, en la protección que les ofrecía ese lugar vedado a los hombres. Cartones y otros restos de la actividad del tío les habrían sido útiles para hacer más cómodos los nidos. Naturalmente los ratones, por cañerías, tragaluces y grietas, se aventuraban hacia otros lugares en la misma manzana y quizás aún más allá. La seguridad del escondite los alentaba a tener muchas crías. Si bien algunos ratones caían atrapados por trampas o por efectos del veneno, la población, seguro, había aumentado a lo largo de los meses y los años. Cuando falleció el último de los tíos, el conflicto familiar que había impedido la gestión de la herencia perdió importancia y el local fue abierto con palancas, ya que se había perdido la llave. Había un solo ratón, que escapó enseguida y venía de otra parte. Pero el lugar negreaba de cucarachas.

Desde la altura

Desde su mesa la vio entrar en el bar a pedir limosna. Tendría diez años, el pelo largo y muy negro. El bar era largo y sucio, nadie miraba. Llegó a su mesa, pidió; él la miró sin contestar. Cuando se iba, la llamó. Limosna no, le dijo, pero si lo acompañaba a casa le iba a dar algo, un tesoro. Le sudaban las palmas de las manos. Una joya muy valiosa, le dijo. La tenía guardada desde hacía mucho para alguien, para ella. Sentía las manos viscosas, ella lo miró con amargura pero no escapó. El se acomodó lacorbata sobre la camisa blanca. Una joya de brillantes. Ella callaba. Desde otra mesa miraban, él llamó al mozo, pagó. En la otra mesa decían algo, el mozo no se iba, él se levantó, tomó por un brazo a la chica que lo siguió con docilidad. Salió sin mirar atrás, por suerte venía un taxi, lo paró, le dijo la dirección. Viajaron en silencio. El la espiaba, ella miraba adelante, rígida. Al llegar, una vecina se volvió para verlos entrar. Cerró la puerta de su departamento de paredes grises y le ofreció a la chica un refresco que ella no aceptó. La joya estaba en el dormitorio. En la cómoda, le dijo, en el cajón de abajo. La vio inclinarse junto a la cama grande, y se acercó.

Muchos años después, una noche, ella veía la ciudad desde la altura; las luces ardían en líneas dispersas. Ella tenía las manos firmes y el pelo siempre muy negro y preservaba, brillante, la joya.

Es descuidado con sus juguetes

De noche, en su caja, los muñecos juegan a los muñecos. No se los puede ver desde afuera pero cuando el oído se aguza en el silencio absoluto, intolerable, cuando el oído se aguza es posible apenas, por momentos, escucharlos. Los muñecos más chicos han de hacer de muñecos para que con ellos jueguen los muñecos más grandes. Pero esto no se puede ordenar bien. Por ejemplo, una muñeca muy grande tiene figura de bebota y, muchísimo más chico, hay un soldadito veterano de guerra: ¿cuál debería jugar con cuál? El soldado, valiéndose de su experiencia militar y por su carácter irascible, toma la iniciativa de atacar a la bebota pero fracasa, atrapado en la blandura inmensa y porque, además, el mismo pundonor que lo ha llevado a tomar la iniciativa le detiene el brazo antes que dañar, él, soldado de mil batallas, a una beba. Ella, por supuesto, reacciona, pero cómo podría la beba, con sus brazos cortos, de trapo, ella cuyo cuerpo ha sido creado para ser tenido en brazos, cómo podría ella luchar. Es entonces cuando se hace silencio en la caja, pero no es silencio de armisticio, aunque fuese provisorio, sino amarga tensión de lo irresuelto. Los muñecos terminan por rogar una intervención de fuera de la caja, pero esta intervención, en la que los muñecos enfrentados coinciden, no es para imponer la paz sino para concretar la destrucción que ellos mismos no están en condiciones de lograr, como lo prueba el hecho de que todas las mañanas, pese a los combates agotadores de cada noche, los muñecos amanezcan intactos, todas las mañanas, antes del desayuno, cuando la luz por las ranuras de las persianas viene a traer un alivio sucio. Así los muñecos, todos, son crueles porque, cuando llegue la catástrofe, el dolor por lo deshecho no será de ellos sino del que, por último, caiga en acceder a su pedido insistente, exasperante.

El tatuaje

La chica corría por la calle con un zapato de menos. El otro zapato era de taco alto y ella estaba despeinada, uno casi no le veía la cara porque la mirada iba a su pie descalzo que tenía marcas, líneas rojizas entrecruzadas hasta el tobillo. Se detuvo en la parada del tranvía; recuperaba la respiración. Había más gente esperando, con zapatos y medias. Los trazos en el pie desnudo parecían latigazos y en el empeine había un dibujo, un tatuaje borroso, o tal vez era sólo entramado casual de los latigazos. Llegó el tranvía. Cuando ella subió, el tatuaje pareció brillar por un momento. El tranvía estaba lleno, y allí logró pasar desapercibida.

Baradero

El salón del único prostíbulo de la localidad bonaerense de Baradero tiene forma de polígono irregular, ya que abarca las figuras de variashabitaciones cuyas paredes divisorias fueron derribadas. En el centro hay una araña de caireles vieja y hermosa, y según la intensidad de la luz el salón queda dividido en tres zonas: una central muy iluminada; una en penumbras, la más extensa; y algunos lugares totalmente a oscuras. La zona iluminada se utiliza para la presentación de artistas obscenos que caen desde Buenos Aires. En la zona en penumbras se ubica la mayoría de las prostitutas, que son de otras localidades y han encontrado en Baradero condiciones de trabajo tranquilas aunque sin grandes perspectivas en lo económico. También hay mujeres en los lugares oscuros, donde sólo son asequibles a tientas: son de Baradero y están allí por vergüenza, por castigo de sus maridos o sus familias o por la calculada voluntad de que los clientes supongan en ellas un pudor o un misterio. A diferencia de las otras prostitutas, que van con sus clientes a unas habitaciones, las de los lugares a oscuras ejercen el oficio allí mismo, para lo cual utilizan muebles de esos llamados sofacamas. Como la luz de un fósforo podría identificarlas, en estos lugares está prohibido fumar.

Se reproduce aquí por gentileza del autor.

Resumen: Pirovano es un ex arquero que usa un guante de guardavalla permanente en su mano izquierda mutilada para ocultar un terminal electrónico, símbolo de su doble vida aventurera. Por la cúpula secreta de su edificio se comunica con el Buenos Aires subterráneo y al emerger es Catcher, agente de Magia, ahora en busca del siniestro "Paredón" en el ambiente del fisicoculturismo y los fierros.



22 DE GUANTE BLANCO

El apio, la zanahoria y las arvejitas rodaron por la desagradable moquette azul. En su retroceso descontrolado, efecto inmediato de la irrupción pasiva del 38, la chica había perdido el control de la bandeja de ensalada que apenas sostenía en sus manos:

–Cuidado con las manchas –dijo Catcher empujando verduritas crudas y hervidas bajo el breve escritorio–. No quiero perjudicarla con su patrón: deje eso ahí.

Ella obedeció.

–Vaya y ponga el cartelito de cerrado –dijo él.

–¿Qué me va a hacer?

–Nada. Camine, no sea cagona... –pero en el trayecto se arrepintió–: no, mejor, primero cierre la puerta del auto. La música se apaga sola. Vaya y venga que no pasa nada.

Pero ya había puesto en posición el 38 entre los dos y ella esperaba o temía que pasara lo peor.

Sin embargo fue, salió a la vereda, cerró el auto, no vio a nadie, volvió a entrar, puso el cartelito y se dio vuelta.

–La traba –dijo Catcher.

Puso la traba también. Para eso tuvo que agacharse, ya que estaba al ras del piso. Buen culo, ceñido por alevosas calzas verdes.

El no la miraba, sin embargo. Al volverse, la chica comprobó que el hombre del revólver y los guantes blancos había dejado el arma sobre el escritorio y miraba las fotografías que saturaban la pared del fondo del local: podios, poses, trofeos, cuerpos engrasados, hombres y chicas con músculos hasta en los párpados.

–Body building... –dijo Catcher entre dientes, recorriendo las fotos-. Acá está.

Se había detenido en una instantánea más formal y nada deportiva: un trío de hombres trajeados y sonrientes compartían de pie tragos largos y bocaditos en una inauguración –la de ese mismo local– ratificada por floreros con moños maricones.

–Este tipo... –dijo volviéndose.

La chica le estaba apuntando con su propio 38.

–Roque –decía– ¡Roque! –gritaba ahora sin dejar de apuntarle. Catcher no dijo nada. No quiso o no tuvo tiempo porque apareció Roque desde la trastienda con un sandwich de milanesa a medio terminar entre dedos. Era muy joven, muy fuerte.

–¡Llamá a la policía: entró a robar! –dijo ella con mejor pulso ahora que cuando titubeaba con ensalada.

–Metele un cuetazo –dijo Roque.

–Está descargada –dijo Catcher.

–Esta no –dijo Roque y abrió un cajón a su izquierda.

La primera patada de Catcher volvió a colocar el cajón en su sitio y los dedos de Roque en otro lugar. La segunda le dio en el cuello, debajo de la mandíbula a la altura del oído y lo tiró de costado: la cabeza dio contra el filo de un banco que se conmovió y derramó sobre su tórax media docena de pesas de diverso kilaje.

Quedó ahí.

La chica gatillaba.

Catcher sacó la pistolita de mierda que esperaba en vano en el cajón.

La chica gatillaba.

Catcher le alcanzó la pistolita:

–Probá con ésta.

La chica vaciló. De pronto gritó algo, le arrojó el 38 por la cabeza y trató de correr hacia la puerta.

Catcher la retuvo por la cintura. Ella volvió a gritar.

–Callate... Mucho body building... –le dijo en la nuca.

Ella se calló.

La arrastró, apretándole la muñeca en la espalda, empujándola con elementales pasitos de lambada, felicitándola por la actuación, por la rendición final. Después la sentó donde estaba al principio y le puso enfrente los restos de ensalada. El yogur era irrecuperable.

–Empecemos de nuevo. Acepto que me excedí. No con él –dijo y señaló con un dedo enguantado de payaso al joven derrumbado– pero sí con vos...

La chica asintió; después siguió con los ojos muy abiertos el movimiento de Catcher que se guardaba las armas en la cintura, que descolgaba la foto de los tres caballeros, que la ponía frente a ella, que arrastraba con facilidad los noventa kilos de Roque para llevarlos a la discreta trastienda, que no dejaba de hablar:

–Contra Pandolfi y Paredes no tengo nada –dijo sin mirarla siquiera–. Pero el otro hijo de puta puede darse por muerto.

–¿El otro?

–No te hagas la que no lo conocés.

–No lo conozco –y la foto flotaba sola, delante de ella.

–¿A quién conocés vos?

–Solamente al señor Pandolfi.

Catcher sonrió:

–Beto viejo, nomás... –y se ensombreció de pronto–: pero ¿qué hace ese hijo de puta al lado de él en la inauguración?

–Vino mucha gente.

–Malos bichos. Lo siento pero Pandolfito va a tener que pagar por éste... –y puso el dedo en la foto–: yo me tengo que cobrar, ¿sabés?

La chica asintió.

–Cuando venga decile que estuve, que se dé una vuelta para charlar. El sabe que con él no es la cosa...

Catcher dio la vuelta al escritorio e hizo un gesto para que la chica se levantara:

–Quedate quieta y no tengas miedo, que no te voy a coger.

Le levantó la pollerita, metió las dos manos, calzó los pulgares y de un solo tirón de la cintura para abajo le puso las calzas y la minúscula bombachita en los tobillos:

–Para que no salgas corriendo –explicó–. Poné las manos sobre el escritorio ahora; comé si querés mientras yo termino.

Escribió en una tarjetita "Soul building", puso dirección y teléfono, y después cargó, en cuatro viajes, quinientos kilos de equipo entre el baúl y el asiento trasero del Mercedes.

Mañana: 23. Lacana & Cia.

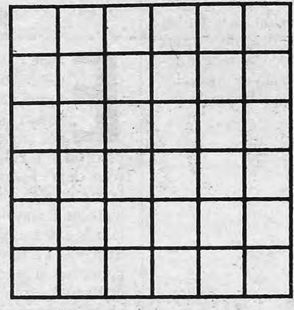


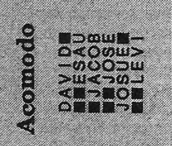


ACOMODO

Anote en cada línea horizontal la palabra correspondiente, de modo que no queden letras repetidas en las líneas verticales.

DAVID
ESAU
JACOB
JOSE
JOSUE
LEVI



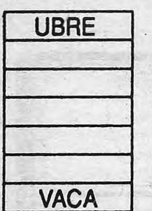


ESCALERAS

Pase de un escalón al siguiente cambiando una sola letra por vez.

UBRE
VACA

PELO
CANA





	1	2	3	4	5	6	7
1	■						
2		■					
3					■		
4	■						■
5			■				
6						■	
7							■

HORIZONTALES

1. Cocimiento de materias vegetales.
2. Poner en seco una embarcación.
3. Arbolito de Filipinas. / Sociedad Anónima.
4. Grupo selecto.
5. Abreviatura de ítem./ Nombre de mujer.
6. Matiz, tonalidad.
7. (Las ...) Cantón de El Salvador, en el departamento de San Vicente.

VERTICALES

1. Apócope de papá./ Departamento del Perú.
2. De Letonia.
3. Redil, aprisco./ Artículo neutro.
4. Camisa larga.
5. Concurrir./ Peso del envase.
6. Aparato amplificador de microondas.
7. Altar./ El uno en la baraja.

■POCIMA
P■VARAR
ALIM■SA
■ELITE■
IT■SARA
COLOR■S
ANONAS■

PIRAMIDES NUMERICAS

Complete las pirámidescolocando un número de unacifra en cada casilla de modo tal que cada casilla obtenga la suma de las dosnúmeros de las casillasinferiores. Como datos se dan,en cada caso, algunos números ya indicados.

67							
28			27				
		4					
					8		
		1			3		

